

## OPINION



Jesús Martín

## A salto de Mata

## La ética de la estética

El otro día cuando por culpa del escupitajo de un viejo el cuero de mi zapato resbaló y mi mandíbula se dio de bruces con el asfalto, se lo dije a mi ángel de la guarda: "Aquí lo que falta es buena voluntad y sobra mala leche". Se lo dije porque aprecié en la inercia del aterrizaje que alguien me empujaba al precipicio del asfalto.

Y es que ese betún, tan negro como familiar y odioso, hay que ver la de votos que ha metido en las urnas de los alcaldes que han hecho de los ayuntamientos empresas de contratación de obras. Perdidos por el desenfreno del ladrillo, el hormigón armado y la cinta de inauguración; los calizos pueblos de esta respetable hacienda provincial se han visto palidecer por el gris del cemento y la arquitectura del andamio. Y así, sin darnos cuenta se nos han poblado las memorias de rasca-cielos entre los meandros de las esquinas sin consideración alguna a la verdad.

El sabor de la historia no está en reconquistarla, sino en mantenerla viva apreciando su decadencia y, poco a poco, se nos están despoblando los escenarios de nuestra geografía entre tanto ladrillo visto y tan poca composición en su colocación. La memo-

ria para que esté viva ha de estar intacta, restaurarla, llegado el caso, es el único favor que admite, y como al decir de la conseja popular "lo viejo no luce", la modernidad que todo lo avasalla se ha hecho dueña de una estética tan ordinaria como falta de ética en su discurso.

La carencia de estudio y responsabilidad urbanística que lleva a las corporaciones a ejecutar un programa a salto de mata, nos está haciendo un pueblo de un mal gusto comprometedor. Y aquí no se trata de reivindicar lo obsoleto, se trata de consolidar la herencia y no de tener un comportamiento de tercera generación tan decadente como faraonista en su pretenciosidad. La falta de cultura estética de los gobernantes ávidos por la transformación, aún a costa de romper la armonía y el buen gusto unido a la falta de coherencia de los arquitectos, nos están conduciendo a lo más sórdido de los paisajes que nos contemplan.

Ingratamente se nos están desmoronando las viejas ermitas y hasta los santos de escayola se visten con **titanlux**, ahora que Dios, parece, se está resucitando. ¡Qué lástima haber perdido el almendrado de las aceras que obligaba a los

tacones de las marquesas a levitar entre el cacheado del empedrado, y que

alguna vez, en recompensa, partió el tobillo de sus urnas. La modernidad nos ha hecho ignorantes por ingratos y nos está despersonalizando el espíritu, ya cansado de por sí, de tanto mirar sin ver.

Nuestros pueblos, aquéllos que engendraron la tångana, la piola y el escondite se nos están convirtiendo en pequeñas maquetas de elucubraciones perfiladas por el aluminio y los sintasoles en los pavimentos. Estamos convirtiendo la estética en una ética del delito donde todo es una escenografía de aprendiz de brujo con parches "pegaos" y rincones de jeringuillas, que a modo de paraísos artificiales e hipotecados, denuncian los intestinos de unas arterias interiores por donde las ratas campan por sus respetos. En medio de todo ello, el ciudadano del **vídeo-clib** y el niño del **madelman** se acostumbran a convivir con la artificiosidad del metacrilato y los amaneceres sombríos. Lo más lamentable de todo es que no conocerán el día en el que puedan lamentarse de los errores, porque para ese día todos los horizontes serán opacos y será la época del envés de las memorias.